

El fruto seco

Lina María Calixto⁶

Una tarde del mes de marzo, se dio a conocer la primera muerte en el país a causa del Covid-19. Era un ciudadano residente en la ciudad de Karta de Yena, una víctima cándida que despertó la verdadera preocupación de la pandemia. El pueblo entero entró en pánico, y ese mismo día una muchedumbre fue en busca del señor presidente exigiendo no solo una explicación, sino implorando amparo. Por otro lado, los medios de comunicación alarmaron a la gente cuando avisó sobre las medidas de prevención. Muchas familias, en especial aquellas de escasos recursos, veían la desgracia venir. Ahora, solo vivían del hábito de la desesperación y de querer saber dónde estaba el señor presidente.

El día martes, tres días después de anunciada la noticia y de que el drama incrementara en la nación, el señor presidente vistió su mejor traje de gala color negro combinado con una corbata azafranada a cuadros y zapatos de charol bastantes lustrados. Tenía sus cabellos

⁶ Estudiante de Idiomas Modernos de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. lina.calixto@uptc.edu.co

blancos tan bien acomodados, que, cuando la gente lo escuchó tras las pantallas del televisor, creyeron por el movimiento seguro de sus manos, por sus alegres ojos y por la sonrisa vigorosa que emanaba, que pronto estarían seguros, que los libraría de la muerte. A los 43 años, el señor presidente había cumplido uno de sus sueños más anhelados, el de ser gobernante. No quería decepcionar a su país y tampoco quería ser rechazado. Con su cuerpo bien erguido, lleno de gloria y poder, se convenció a sí mismo de velar por la salud de los conciudadanos.

Para nadie era fácil. Tiempos de mudez arribaban en las calles de toda Polombia. Seguir con la vida y con la rutina dentro de casa, era lo más sabio por hacer, pues evitaría el dolor de ver más gente morir. Afuera había restricciones, excepto para los animales quienes volvieron a conquistar lo que les correspondía, un espacio merecido. Sin embargo, el sentimiento de vacío y la necesidad humana llevó al deseo irrazonado de salir a tomar el sol sin importar las consecuencias, de apresurar la marcha del tiempo para volver a lo de antes, de esperar prontas soluciones sin esfuerzo alguno a tener paciencia. Razón por la cual cientos de pruebas resultaron positivo para el virus.

El señor presidente seguía alentando al pueblo, aun sin que nadie se diera por enterado de que días atrás este hombre bien reconocido se había reunido con personas de otras nacionalidades. Tuvo que realizarse la prueba.

—Ha dado positivo para Covid-19, señor presidente — le dijo el médico—. Si alguien se enteraba de la noticia, pasaría a ser enemigo del pueblo.

—Quedará en confidencia, mi salud es perfecta— murmuró el dirigente con una sonrisa abrumadora mientras caía sobre la camilla—. ¡Anuncie que estoy de maravilla, por favor!

Los medios lo informaron, efectivamente, el señor presidente había dado negativo. Los días transcurrieron con normalidad, mientras la gente se convencía de que su dirigente trabajaba por la mejoría de los contagiados y por quienes lo necesitaban. La verdad era que aquel hombre se refugiaba en una finca a las afueras de la capital, con el fin de conseguir una pronta recuperación. Su vida transcurría con total normalidad, de hecho, estaba recibiendo excelentes tratos con el fin de minimizar los síntomas del virus. Disfrutar de la primavera con siestas reparadoras y banquetes de ensueño, lo reconfortaban. En la cena, la señora Margarita, encargada de poner sobre la mesa lo que el presidente comería, solía dejar pistachos en una copa de cristal como abre bocas. El señor presidente, quien viajaba a menudo y comía exquisitos manjares, conocía a profundidad el tema de frutos secos. Los pistachos, sin embargo, era la primera vez que los deleitaba.

—Tráigame de estos todos los días antes de la cena— Afirmó el señor presidente tras saborear con ansias el fruto ovalado con cascarón duro color marrón. Así, antes de cada cena, el

presidente muy satisfecho tomaba solo un pistacho y lo comía con deleite.

Dos semanas pasaron, el señor presidente se mostró de nuevo frente al país. Lucía diferente, muy cansado y desanimado. Sus ojos estaban apagados, su voz se oía desganada y el tono de su piel era un pálido amarillento. El doctor le había asegurado que estaba fuera de peligro, se había recuperado del Covid-19. Sin embargo, el dirigente sentía la derrota y el olvido. La gente era frívola e indiferente frente a lo que le sucediera, pues se centraba en su propio bienestar, en el de sus seres queridos. No volvieron a preguntarse dónde estaba.

El presidente era un hombre inteligente, a veces algo severo, pero con afectos puros por su patria. Se consideraba a sí mismo un gobernante de palabra, siempre atento por hacer lo que creía conveniente para los demás. Su generosidad sobrepasó el límite cuando decidió compartir sus pistachos con personas cercanas. Últimamente, se hablaba más del fruto seco que del virus. Lo cual, le daba paz. Todas las noches, antes de dormir daba las gracias.

—Benditos pistachos— suspiró mirando hacia el techo.

El señor presidente cerró los ojos como si nunca más los volviera a abrir para ver la luz del día, muy lentamente ... Un día del mes de mayo se anunció que el señor presidente había muerto a causa del Covid-19, así lo atestiguó su confidente doctor frente al pueblo. Este

virus no solo marcaba a un país, sino a un mundo entero.

—Respiración sibilante, tos, estornudos, ronquera, opresión de garganta, dolor de estómago, vómitos, diarrea, ojos hinchados y llorosos— declaró el doctor con sinceridad. Síntomas claros de una reacción alérgica al pistacho.

Así bien, se soltó un grito de espanto en cada rincón del país. Un espectáculo habría de pasar a la historia como un suceso bochornoso que se quedaría para siempre en la vida de los ciudadanos.

El virus sería irreal si la tragedia no quedaba en la memoria del pueblo.